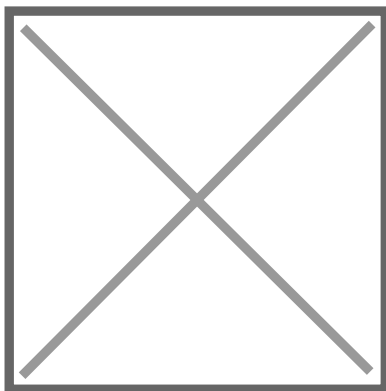




Para niños de 12 a 100 años

Miguel Arteche entre naranjas de silencios, lechuzas alucinadas y curiosos taumaturgos

LUISA ULIBARRI
En el bullicio de la Gran Sala de Sesiones, donde todos charlaban a voz en cuello, el frágil y anciano rey Durandarte, rodeado de médicos, ministros, habladores y consejeros parlanchines, levantó súbitamente su mano derecha, donde brillaba una sortija en forma de naranja y dijo:

—Os ruego que guardéis silencio—.

Así comienza el cuento *Las naranjas del silencio*, que el poeta, narrador y Académico de la Lengua Miguel Arteche, acaba de publicar en Andrés Bello. Es un cuento para niños y para grandes, que habla de este rey que prefirió ahogarse en ruidos antes que enfrentar las verdades interiores que le deparaba un mundo callado.

Rigor de cirujano

Hombre contradictorio, de esos que amalgama el aspecto académico, los afeites religiosos, y su pasado diplomático con una ironía mordaz y la propiedad del chiste a costa de largos de ingenio, Miguel Arteche usa *swavear* de punto y —a veces— terno severo. Pálido es también, y le gustan las infusiones de té, porque junto a sus tallas agudas, y su manera caótica del mirar el mundo ha alimentado una úlcera más o menos digna de respetar.

Es escritor-periodista, tiene varios libros publicados entre poesía, ensayo, novela y cuentos nacidos y pulidos con rigor de cirujano. Últimamente se ha convertido en un creador de interlocutores inquietantes como Genaro Biancatesta y Marcos Pircus, en la columna que todos los sábados publica en *La Época*.

En una noche tibia

Las naranjas... nacieron hace diez años, una noche tibia de fines de invierno mientras Arteche

—tipo dos de la madrugada— trabajaba en esa especie de cápsula espacial que es su taller, ubicado al interior de su casa rodeada de olivos y cipreses. Fue el cuento "que creo habría gozado cierto niño, el niño que yo fui", señala. El año pasado, su libro *Llaves para la poesía*, también para adolescentes, obtuvo el primer premio IBBY, Instituto Internacional del Libro Juvenil. "Un cuento infantil que sólo es gozado por niños es malo. Yo creo que *La isla del tesoro*, que leí a los ocho años, sigue siendo un libro de cabecera para muchos adultos. Para qué hablar de *El principito*".

—En este cuento el silencio es un concepto. Eso, ¿está al alcance de los niños?

—Pedagógicamente *Las naranjas...* quedó sugerido para niños de diez, doce años. Yo creo que no hay edades, y cada niño es distinto. En los cuentos de hadas hay figuras terribles, pero a su lado encontramos inmemoriales protectores. Es irreal y mágico, en la medida que qué reyes y no presidentes. El rey está asediado de la sola posibilidad de enfrentar un silencio revelador que lo acerque a cierta verdad. Ordena que paren, chillen y griten, hasta que se declara una epidemia. La gente que consa cierto tipo de naranjas quedará en medio de ese silencio revelador.

—Y esa gente es muy obediente, como un rebaño...

—Exacto. Ya no tiene la droga. Es como si a un tipo de este siglo le quitara la TV, la fanfarria. En este sentido el lector actúa como recreador, y pone sus contenidos a las imágenes que el texto le proyecta. Si el lenguaje es noble o poético, es porque yo creo que habitualmente se escribe para niños en términos rudimentarios, planos y pobres. A mí me interesa la brevedad, la austeridad en el lenguaje. Tal vez mi experiencia como sonetista me llevó incons-

cientemente a este tipo de escritura.

—Usted ha escrito varios libros, tiene dos novelas terminadas, los poemas continúan y ahora los cuentos. ¿Cuesta pasearse por tantos géneros?

—Hay cosas que sólo pueden comunicarse en diferentes géneros. No es lo mismo un poema que una columna para *La Época*. Yo tengo que decir lo que me cabe decir, pero, lógico, mi experiencia de poeta es primordial, lo que no significa que escriba todo poéticamente. La poesía enseña el rigor y la sinceridad. Esto se explica mucho en la literatura inglesa de Lawrence, Thomas Hardy, quienes se han paseado por distintos géneros.

—El diálogo es muy fundamental. Usted lo usa mucho en la prosa...

—Lo aprendí de Hemingway y tengo experiencia de novelista. Para que un diálogo sea bueno, tiene que ser natural, conllevar una gran sobriedad de expresión y no *lamer*. Un personaje de Dostoiévski puede hablar durante cuatro páginas, pero es Dostoiévski. Yo creo que hay que decir lo preciso, y eso se aprende con la experiencia. Si hay algo que me satisface en el cuento *Las naranjas...* es que creo que el diálogo fluye con naturalidad. Y lo corregí durante años. Yo soy un tipo loco del orden, manejo archivos, corrijó con lápices de tintas de colores, soy detallista.

—Eso se nota en las columnas periodísticas. No son gratuitos el biólogo Biancatesta, o el taumaturgo Marcos...

—Esos personajes han ido apareciendo para tener un *tú*, un interlocutor, para sacar en cierto modo las castañas con las manos del gato. Y porque pienso que en un diario, por muy escritor que seas, debes esforzarte en crear un campo propio para ese espacio, para esos lectores. Hay el biólogo



Miguel Arteche: "Un cuento infantil que sólo es gozado por niños es malo. Los buenos libros permanecen siempre, y no tienen edades límite".

Biancatesta, también un huaso semiótico, y pronto aparecerá un investigador experto en robos literarios del *Scotland Yard*. Al taumaturgo Marcos lo hago regresar de las cuevas de Quicavi y de un Congreso de Brujos, porque curiosamente estoy realizando una investigación de poesía religiosa y me encuentro con libros del pasado que hablan de una academia de brujos que existió en Longjumeau. Increíble. Eso apareció en *Ensalmas y conjuros*. La contingencia, la imaginación y cierto juego de ingenio me interesa. A veces en la calle me preguntan "¿Cómo amaneció Biancatesta?".

—Usted tenía fama de poeta religioso, apocalíptico, tipo muy serio. Pero quienes lo conocen pueden constatar que de serio tiene poco, y le gusta el humor...

—Es por mi astro regente —dice, muerto de la risa—. No hay que olvidar que soy Gólgota. En una antología de cuentos que publiqué hace un tiempo, el prólogo era decididamente: "Hay en mí un demente que viene de las profundidades de la tierra, otro que desciende sobre mi azotea desde las más altas esferas. Un duende trágico y otro travieso". El humor me persigue desde los cuatro años, y de

eso se recuerda bien mi tío cura. La ironía puede ser la cosa más profunda. Por eso a mi imagen de poeta elegíaco, yo antepondría la de poeta astrológico.

—El ajedrez y el tango, ¿se le han infiltrado en sus escritos?

—Como que terminó hace poco la novela *Al alfil negro*, que es toda la vida de un ajedrecista. Tengo poemas donde aparecen símbolos del ajedrez. El tango es una pasión, y cuando canté *Camaleón* en un seminario donde trabajaba, resultó profético. Me echaron al poco tiempo.

—¿Y el mundo fue y será una porquería?

—Yo no diría que el mundo fue y será una porquería, pero a veces, cuando enciendo la TV diría es que como estrechar la Biblia contra el calefón...

—Hay un serrucho y una lechuzita en su taller. ¿Para qué sirven?

—El serrucho —sonríe— es para cortar la poesía, porque hay que decir lo justo y lo necesario. La lechuzita es de Filipinas, dicen que pertenecía a Marcos, y yo la tengo mirando hacia el centro cívico de nuestra ciudad... Es como Atenea, la de los ojos alucinados. Cuentan que es profética.

Miguel Arteche entre naranjas de silencios, lechuzas alucinadas y curiosos taumaturgos [artículo] Luisa Ulibarri.

Libros y documentos

AUTORÍA

Autor secundario:Ulibarri, Luisa

FECHA DE PUBLICACIÓN

1987

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Miguel Arteche entre naranjas de silencios, lechuzas alucinadas y curiosos taumaturgos [artículo]
Luisa Ulibarri. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile